

Masculinidades en América Latina, más allá de los estereotipos

Diálogo con Mathew C. Guttman*

Gioconda Herrera, Ma. del Pilar Troya,
Jacques Ramírez.

G. H.: ¿Cómo surge tu interés por involucrarte en el tema de la masculinidad?

M. G.: Por dos razones. Antes de entrar en un programa de postgrado decidí ubicar dónde quería hacer el trabajo de campo antropológico y etnográfico, sobre todo porque entré ya en edad avanzada y no quería demorarme mucho. Al tratar de definir qué tema investigar, mi esposa me preguntó: “¿Por qué son solamente las mujeres las que estudian el género? ¿Por qué no lo hacen ustedes los hombres?”

Buena pregunta me dije. Y el otro motivo se dio cuando hice la fotografía de un hombre que trabajaba en una tienda de instrumentos musicales en el centro de la ciudad de México. Hablaba con un cliente, pero mientras lo hacía, cargaba un bebé en sus brazos. Hice una foto de la escena y la mostré a algunos de mis amigos antropólogos en Estados Unidos y también en México. La reacción de ellos fue de asombro, creían que eso no podía suceder porque los hombres mexicanos son ‘machos’, no cuidan a los bebés, etc. Entonces por la foto y por la sugerencia de mi esposa profundicé en el tema de la masculinidad.

J. R.: Ubicados los motivos por los cuales incursionaste en el tema de la masculinidad, ¿qué aspectos concretos has estudiado y en dónde has hecho tus trabajos investigativos?

M. G.: Sobre este tema tengo dos trabajos, uno ya terminado en la ciudad de México donde llegamos en el año de 1992. Ahí viví por un año con Michelle mi compañera y nuestro bebé de ocho semanas. Realizamos el estudio en una colonia de “paracaidistas”, invasores de tierras, pero la invasión había pasado hace 20 años.

El enfoque principal del estudio que realicé se centraba en torno a la paternidad: ¿qué hacen hombres y mujeres con niños de varias edades, desde que son recién nacidos hasta que son adolescentes? La forma en que enfrentan problemas concretos como darles de comer, darles consejos sobre ética, ayudarlos en sus tareas escolares, etc. El estudio trató también cuestiones de violencia entre hombres tanto en la casa como en la calle, el abuso del alcohol, los quehaceres principales de los hombres, qué es la sexualidad y otros temas.

Decidí trabajar en esta colonia popular porque las mujeres habían desempeñado un papel importante en los movimientos populares. Como me interesaba buscar los cambios en las relaciones de género, me pareció un buen lugar para observar qué tan diferente es ser hombre, ser mujer, ser hijo. Trato de contextualizar el estudio en los cambios macro, en torno a las mujeres que trabajan fuera de la casa; el impacto que el movimiento femi-

* Ph.D. en Antropología. Especialista en temas de género. Profesor de Ciencias Sociales, Departamento de Antropología, Brown University

nista ha tenido popularmente en México, muchas veces de manera más indirecta que directa; pero me parece importante entender esos temas.

El resultado de esta investigación fue una etnografía que salió publicada en español bajo el título “Ser hombre de verdad en la ciudad de México. Ni macho ni mandilón”². ‘Ni macho, ni mandilón’ es un modismo popular utilizado en este país.

El segundo estudio es el que hago ahora, en Oaxaca, Juárez, en el sur de México. Versa sobre salud reproductiva masculina y tiene dos enfoques: uno sobre vasectomía y uso de anticonceptivos y el otro enfoque sobre quienes se auto identifican como heterosexuales, infectados positivos o ya en la etapa del síndrome de inmunodeficiencia adquirida (SIDA).

Para realizar las investigaciones he recibido dinero del Gobierno, de fundaciones privadas y alguna cantidad de las universidades, pero muy poca. Éste es mi año sabático que me concede medio salario, pero cuento también con una beca de una fundación.

P. T.: Leí el primer libro, en él se trata de la categoría machismo. ¿Crees que esa categoría todavía puede ser útil para el análisis de las masculinidades en América Latina y en otros países, o deberíamos dejar de hablar de machos?

M. G.: No se puede, a la fuerza tenemos que hablar del machismo, de los machistas. Me interesaba hacer una historia del uso del término, de la existencia de la palabra, explorar el hecho de que sea una palabra de cuño muy reciente. De macho a hembra podemos hablar de milenios, pero no he podido encontrar una referencia del uso popular del término, en su sentido sexista, anterior a los años 40.

Se ha dado un uso popular del término, muy recientemente, tanto como en Estados Unidos; allí se lo utiliza mucho más que en



México; en la zona rural de México se lo aplica todavía más y más a causa de la televisión y la migración.

Me interesa poner énfasis en que el término no nace entre quienes llegaron de Andalucía, ni tampoco viene de los indios que encontraron los españoles cuando llegaron a América. Según Francisco Santamaría en sus diccionarios de mexicanismos, los indios inventaron el machismo, pero considero que son ideas equivocadas.

Pero por el hecho de ser gringo me ha llamado mucho la atención el uso de las palabras macho y machista en algunos países fuera de América Latina, para hacer referencia, de manera racista, a los latinos. Se dice que los gringos no somos perfectos pero al menos no somos machos latinos, machos mexicanos.

Me interesa abordar este tema, de hecho mi trabajo depende mucho de un artículo anterior de Américo Paredes, publicado en el año 67, “Estados Unidos, México y el machismo”, en donde expresa que México exportó el vaquero y después Estados Unidos lo hizo con el machismo. El vaquero es el símbolo de este arquetipo del machismo en el sentido bueno y malo, independiente pero también muy bravo. Adicionalmente Américo Paredes habla del machismo en cuanto a la identidad nacional en el oeste de EE.UU. con

² ‘Mandilón’ es un término utilizado en México para referirse a los hombres que son mandados por sus mujeres. Una expresión similar utilizada en el Ecuador es ‘mandarina’.

el icono del vaquero, que persiste todavía. Dice que en los años 60 en México, la cuestión de quiénes somos los mexicanos surgió fuerte, no quiere decir que no hubiera surgido antes, pero lo hizo de otra manera.

Yo creo que Paredes tenía toda la razón en cuanto a la relación existente entre el machismo al menos en México y Estados Unidos, y las ideas de independencia, de sufrir pero conquistar. Tiene que ver con la idea de la nación, sobrevivientes pero conquistadores de cierta manera.

Personalmente creo que por los movimientos feministas, por los periódicos, por la gente en general, ahora se habla mucho más del machismo en el ámbito popular, no solamente en los sitios académicos.

Al mismo tiempo, en enero del 93 George Bush que autorizaba un bombardeo en Irak, acusó en ese entonces a Sadam Hussein de ser 'macho', nunca he escuchado a un presidente en América Latina que acuse a otro presidente de otro país del mundo de ser macho.

He escuchado que este término se utiliza en Israel o en Rusia, pero siempre se lo identifica con los latinos. He escuchado que dicen "ah, entonces estamos actuando como los latinos". Hay un libro muy conocido sobre los hombres, habla de continuo entre los latinos urbanos por un lado, y los hombres de Tahití por otro; los latinos no quedan muy bien vistos en esta comparación, pero es muy común ver cosas así.

Mi intención en el libro es la de deshacerme de este estereotipo al acercarme a la comprensión de su origen, de dónde viene, por qué se lo usa, etc. Pero quizá existan otras experiencias, me gustaría saber por ejemplo, cómo se aplica el término en Ecuador, cuándo salió, si lo pudiésemos encontrar en revistas, periódicos o en el folclore.

La conclusión de todo este libro es que en México, el número de machos en el sentido sexista es gigantesco, igual que en Rusia, igual que en EE.UU., igual que en Ecuador, entonces no es algo particular de América Latina. Hay varias formas de etiquetar a los latinos, como si fueran los peores, más golpeadores,

más borrachos, más violentos. Todo ello responde a un estereotipo racista, que se vincula sobre todo, con las relaciones internacionales, con la migración y los juegos de poder en términos ideológicos.

G. H.: Tú planteaste una diferencia entre los estudios de la masculinidad en América Latina y los estudios en Estados Unidos y le atribuías un origen desde los estudios *gay* a la producción sobre las masculinidades en los Estados Unidos, mientras que para el caso ecuatoriano, veías un punto de partida desde las mujeres. ¿Qué consecuencias crees han tenido estos distintos puntos de partida en los avances sobre la conceptualización de la masculinidad?

M. G.: Afortunadamente creo que podemos hablar de orígenes, pero también tenemos hoy en día una mezcla de estos temas, intercambios entre los estudios *gay*, con aquellos que se han realizado en torno a los tópicos heterosexuales, y entre los estudios realizados en el norte, con los que se han desarrollado en el sur. Si bien los activistas *gay* en América Latina han desempeñado un papel sumamente importante desde el principio, no han tenido un impacto tan importante como en el mundo anglosajón, en lo que a enfoques se refiere.

Si comparamos los estudios producidos en los Estados Unidos sobre la masculinidad en América Latina, el porcentaje de trabajos que tratan sobre el tema de los hombres que tienen sexo con otros hombres sería muchísimo más alto en Estados Unidos que en América Latina. En algunos países como Brasil, los activistas y los académicos *gay*, querían estudiar a los hombres que tenían sexo con hombres; en ese país en particular, han desempeñado un papel muy importante, sin que se pueda decir lo mismo del resto de países. Fueron más bien las feministas que ya habían realizado estudios, y las activistas de los movimientos feministas quienes decidieron empezar a estudiar a los hombres, vistos como su contraparte.

Así, en términos porcentuales, en América Latina tenemos más estudios sobre hombres

auto identificados como heterosexuales, en torno a temas como paternidad por ejemplo, de los que existen en Estados Unidos, Inglaterra o Francia. A su vez, estamos traduciendo al inglés, trabajos en español o portugués.

Existen temas a través de los cuales en los Estados Unidos podemos aprender de América Latina. Acabo de escribir un libro sobre democracia, “Romances de la Democracia”, no trata mucho sobre las relaciones de género, sin embargo, en los Estados Unidos es sumamente común pensar que tenemos que enseñar al resto del mundo y nada que aprender, pese a que los últimos 30 años en América Latina han sido muy importantes. En Estados Unidos algo ha pasado con respecto al feminismo pero nada en comparación con lo que se ha dado en América Latina. En cuanto a la democracia y la participación de la ciudadanía tenemos mucho que aprender, no solamente que enseñar.

Ello es válido también para los estudios de género. De momento realizo una compilación que se publicará hacia enero, que junta muchas contribuciones de gente conocida aquí como Mara Viveros, Norma Fuller, Arturo Escobar de México y otros autores de América Latina que han publicado muy poco en inglés. Me parece muy importante que no solamente veamos a América Latina como espacio al cual hay que ir sólo a enseñar sino que también debemos verlo como oportunidad de aprendizaje a partir de los estudios, de las metodologías que se desarrollan a manera de intercambio.

Además, necesitamos aprender porque en los Estados Unidos las mujeres no estudian el

tema de la masculinidad, tampoco se lo ha hecho desde el punto de vista de la Antropología o de la Sociología por una razón, no hay trabajo en torno a este tema.

J. R.: El tema de la diversidad aparece como punto de partida para los estudios de masculinidad, lo cual no sucedió al principio, con los estudios de mujeres, ¿a qué atribuyes esta circunstancia?

Hemos aprendido de los errores. De no haber sido por los estudios feministas y también por los de los movimientos de izquierda, los estudios sobre masculinidad no existirían en ninguna parte. Todos hemos aprendido de los logros y de las fallas en varios aspectos, del feminismo



M. G.: Hemos aprendido de los errores. De no haber sido por los estudios feministas y también por los de los movimientos de izquierda, los estudios sobre masculinidad no existirían en ninguna parte. Creo importante, desde el punto de vista sociológico, analizar en torno a quiénes desarrollamos estos estudios, ¿son hombres o han surgido de los análisis sobre los movimientos *gay*? Todos hemos aprendido de los logros y de las fallas en varios aspectos, del feminismo.

G. H.: ¿Qué opinas sobre la llamada “crisis de la masculinidad”?

M. G.: Lo que no quiero promover es la idea de un ‘nuevo hombre’, por el neoliberalismo y el cambio en cuanto al empleo para el hombre, en cuanto al feminismo y la influencia que ha tenido este movimiento en el hecho de que las mujeres estén trabajando fuera de la casa por dinero. Claro que hay que remarcar las diferencias existentes por edad o país.

En México, por ejemplo, es interesante constatar cómo las mujeres ya no tienen tantos hijos como antes. El promedio del número de hijos que tiene una mujer, ahora está en

2.2, hace 30 años era de 6 ó 7, es impresionante. Para las mujeres los métodos anticonceptivos modernos han tenido un impacto mucho más fuerte quizás. Aunque no quiere decir que los hombres nunca hubieran pensado “no quiero embarazarla”, o “quiero tener sexo pero no quiero más hijos”, la mayoría deben haberlo hecho, probablemente por cuestiones de dinero entre otras causas.

Bien por el feminismo, sin embargo sobre los cambios demográficos y económicos que han afectado de manera especial a los hombres, todavía queda mucho por debatir. Ayer en el seminario, una mujer no quería escuchar que los hombres pueden sufrir de alguna manera. Si no entendemos lo que está pasando el asunto es complicado; en México al menos en los años 30, el 3% de los estudiantes eran mujeres, ahora lo es el 45 ó 47%. Se trata de un cambio profundo aunque no total, para nada.

Podemos hablar entonces de la “crisis de la masculinidad” en el sentido de que los hombres hemos enfrentado nuevos retos sociales y también lo hemos hecho en la casa, en la familia. Para muchos ha sido difícil ya que en algunos hogares hemos encontrado más violencia doméstica, no menos.

No quiere decir que todos los hombres se sientan muy cómodos, muy alegres; éste para mí es uno de los aspectos que vuelve más interesante desde los puntos de vista intelectual y político, el estudio sobre los hombres. Si en los Estados Unidos, por ejemplo, se estudiaran a los grupos más poderosos por su raza, condición étnica, clase social, etc. no habría muchas personas que expresen “es que no me

siento poderoso”, mientras entre los hombres latinos es muy común y podemos burlarnos de lo que dicen, pero en términos psicológicos es interesante que esta realidad se presente así.

De mi experiencia en muchas etapas sociales, en muchos lugares de Estados Unidos puedo decir que no es muy común escuchar, “ah, si podemos hacer lo que quiera, yo mando en todo, no tienen nada que decir ni mi mujer ni mi mamá, nunca en la vida”. Este tipo de opiniones quizás se escuchan mucho más por el lado del feminismo. Es decir, no es que no existe el poder masculino en la familia en términos generales, lo que es complicado es cómo se lo vive.

Podemos hablar entonces de la "crisis de la masculinidad" en el sentido de que los hombres hemos enfrentado nuevos retos sociales y también lo hemos hecho en la casa, en la familia. Para muchos ha sido difícil ya que en algunos hogares hemos encontrado más violencia doméstica, no menos



G. H.: También hiciste un llamado para que se realicen más investigaciones sobre los términos que se usan muy ligeramente como el de “hombre tradicional”, “mujer tradicional”, ¿cómo ves tú esos términos?

M. G.: No tienen significado, son cosas para gritar no para analizar, “tradicional”, ¿en qué sentido? En el campo el hombre llevaba a sus hijos varones para enseñarles la cosecha y todo eso ya no puede hacer, ¿es esa la paternidad tradicional, pasar tiempo con los hijos? No, sino que la frase “paternidad tradicional” no se usa en términos de pasar tiempo y ser pacientes y todo eso, se usa para insultar, para criticar. No quiere decir que no vale la pena insultar, criticar, vale mucho la pena, pero necesitamos saber de qué estamos hablando, por el hecho de que me he encontrado con hombres que me han dicho con orgullo “nunca he cambiado un pañal en toda la vida”.

Un hombre tradicional en una época “X”, puede ser un padre tradicional, la paternidad más común. Porque si hablamos de “tradicción”, puede aparecer la imagen de una cultura que no ha cambiado por siglos y que ahora por fin está cambiando, no creo que sea así, las tradiciones también cambian, entonces, ¿qué quiere decir la tradición?

Muchos antropólogos criticamos la idea sobre las “culturas tradicionales” cuando se quiere decir que no han cambiado por siglos. Es impresionante, es la primera vez que vengo al Ecuador y leí una guía turística que daba a entender que existen pueblos que siguen siendo lo mismos y viven de la misma manera desde hace 2000 años; que si bien algunos tienen televisores, fuera de eso, todo es igual. ¡Tonterías! En cuanto a los hombres tradicionales, no sé de qué hablamos.

J. R. : El punto que mencionas es muy importante y creo necesario analizarlo con más cuidado, ya que si bien dentro de las Ciencias Sociales existe un cierto consenso al entender las identidades en términos relacionales, a partir de la noción de alteridad y la existencia del otro, estas posturas que señalan nos pueden llevar a crear un discurso esencialista en torno a la masculinidad. Podemos llegar a hablar de una masculinidad tradicional, esencial, en términos de patrones culturales fijos, inmóviles y preestablecidos, como un chaleco que ya está puesto.

M. G.: Exacto, muy bien dicho, ¿puedo citar lo?

G. H.: El concepto de masculinidad responde a veces a una forma implantada de hablar, quizá sea un término un poco vaciado, ¿cuál es tu opinión?

M. G.: Tenemos que matizar más y más el concepto. A este respecto, cito por lo general, al trabajo de Robert Connell, sociólogo, porque aprendí mucho de su libro que salió en el 87 sobre género y poder. Me ha servido, y le

ha servido a otra gente, porque trata el tema de la diversidad. ¿Cómo podemos captar el hecho de que a nivel macro y en muchos casos específicos, los hombres sí tengan poder de muchos tipos, y que al mismo tiempo, no sean iguales, ¿cómo podemos captar las dos cosas?

Hablar de hombres oprimidos sin perder la visión de los hombres en términos generales, sus fobias, racismos, clases sociales, etc. El término sigue siendo útil para mí, en ese sentido, pero como con todos los términos, su uso excesivo puede traer muchos problemas. Por ejemplo en el libro que les he mencionado, en cuanto a ser macho, ser hombre de verdad en la ciudad de México, no trato de desarrollar todo mi argumento sobre esa frase, ¿para qué?

G. H.: ¿No ha sido una herramienta útil?

M. G.: No tanto, pero si algunos han tratado de criticarlo, yo no he encontrado otra manera sencilla, dos palabras para caracterizar la idea. En la mañana, José Olavarría hablaba de su frustración con las tipologías. Son hombres y estoy de acuerdo, pero el problema radica en cómo podemos escribir, cómo podemos hablar, entonces mantenemos los nombres tradicionales, “machismo”, etc.

Yo no tengo nada en contra de la palabra machismo, si la entendemos como sexismo, vale la pena usarla si no le damos una connotación especial como cuando se busca atribuir el machismo sólo a los latinos. Pero sí podemos usarla cuando hablamos de discriminación, opresión, represión, lo que sea, en cuanto a las relaciones de género. He tratado de evitar el debate sobre el uso del término, lo uso, está bien, pero no me involucro mucho.

J. R.: El tema de la masculinidad es nuevo aquí, ¿desde cuando se lo trabaja?

M. G.: Es un asunto relativamente nuevo en todo lado, hubo una preocupación en torno al tema en el taller de hoy en la mañana. Aparece en las políticas de intervención para el desarrollo.

J. R.: A tu criterio, ¿qué beneficios trae trabajar el tema de masculinidad para la intervención en las agencias de desarrollo? ¿Cuál es el interés del Banco Mundial al tratar el tema de las masculinidades?

M. G.: No tengo la menor idea. Pero en las áreas de salud reproductiva, violencia doméstica, etc. es importante influir en los hombres; ésta es una exigencia de las mujeres en muchas comunidades.

En México hace muchos años, yo participé en los grupos de hombres, en un centro para atención de violencia intrafamiliar, precisamente tenían durante varios años, algunos programas para mujeres y surgió la idea por parte de las mujeres, de por qué no existían grupos para hombres. Al mismo tiempo no debemos exagerar, en una ciudad de 20 millones de personas participaron como 15, 30 hombres.

Pero no tengo experiencia de trabajo con los hombres, quizá lo que puedo ofrecer es este marco teórico para observar a los hombres y para pensar el asunto, para no reducir la masculinidad a los estereotipos, porque lo hemos aprendido.

G. H.: Para terminar, ¿cuáles crees han sido los aportes de los estudios de masculinidad en el desarrollo científico de las Ciencias Sociales?

M. G.: En los estudios del género y sexualidad hay una compilación excelente.³ Un

aporte importante, en los estudios de género y sexualidad, al menos desde el campo de la Antropología, ha consistido en no complementar, sino amplificar y mejorar el análisis, en cuanto al estudio en localidades particulares; ahora podemos entender de mejor manera las relaciones sociales porque tenemos buenos estudios, podemos

incluir un aspecto en extremo importante: cómo es la vida, otra manera, otra perspectiva de ver.

P. T.: ¿Cuál es el futuro de las masculinidades?

M. G.: Yo creo que el tema aún vale la pena. Felicito a FLACSO por sacar un libro sobre las masculinidades. Yo estoy haciendo otro sobre el tema, creo que aún es válido realizar esos estudios. Todos estamos interesados cada vez más, en buscar maneras de hablar de género y sexualidad. Sin embargo,

los temas de etnicidad, clase, región, aún copan el campo de estudio. Es un problema intelectual para todos, en la edad del culturalismo, pero al mismo tiempo siempre hemos vivido en la edad del culturalismo. Tenemos tanto que aprender, no sabemos nada sobre las masculinidades. Nos quedan estudios por hacer.

Los aportes de los estudios de masculinidad ya se perciben entre las Ciencias Sociales, en los temas de género y sexualidad. Desde el campo de la Antropología han amplificado el análisis. Las relaciones sociales pueden entenderse de mejor manera, al contar con otra perspectiva, otra manera de ver



3 Roger Landcaster y Michaela Di Leonardo (ed.), 1997, *The Gender Sexuality reader*, Routledge, Londres, New York.